

Analizar(se) para analizar.

AUTORES

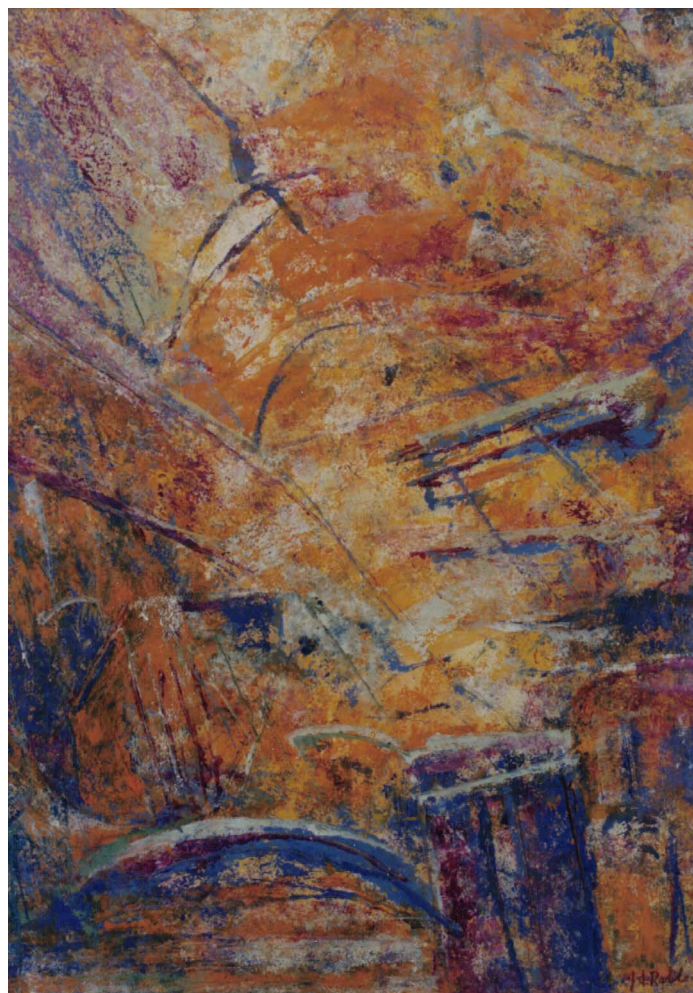
Berenice Ascencio Silva, Alejandro Nieto,
Aureliano Castillo León
Formandos CPM-CDMX
Fecha de recepción: 13/04/2022
Contacto: psic.bere.13@gmail.com

Introducción

Un Cadáver Exquisito

Escribir un ensayo a seis manos no es algo sencillo; implica, de entrada, compaginar ideas, teorías y, sobre todo, distintos bagajes previos a la redacción. Escribir desde la subjetividad dentro de un equipo requiere escuchar la experiencia del otro, compartir el propio viaje y embarcarnos juntos en la creación de uno nuevo. Es necesario plasmar la voz propia, pero al mismo tiempo, dejar espacio para la voz de los demás.

Para dar lugar a que los elementos discursivos se pusieran en movimiento, y de paso nos atravesaran a los tres por igual, optamos por abordar esta tarea de una manera que pusiera en juego nuestras coincidencias y, al mismo tiempo, nuestras disidencias. De manera libre, cada integrante escribió lo que pensaba respecto a la problemática planteada, siendo cada texto (re)escrito una segunda y tercera ocasión por los otros. Para que la práctica funcionara, fue necesario desprendernos del texto, acallar los egos y confiar en las reinterpretaciones



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989

que el escrito sugirió a cada miembro del equipo al llegar su turno de (re)escribirlo.

Lo que yace ahora en este ensayo es, pues, resultado de una suerte de *cadáver*

exquisito (juego surrealista de escritura a varias manos); un solo texto, pero escrito —estrictamente— por tres personas distintas. Las asociaciones gestadas a partir de la lectura del texto recibido, emulan una suerte de autoanálisis, una estancia en otro tipo de diván; un intercambio epistolar fértil, donde la problemática elegida (el papel del análisis propio en la formación como psicoanalistas), fue desarrollada desde tres puntos de vista, resignificados en uno solo.

I

Separar los pies de tierra firme, enfrentarse a la inmensidad del océano, deambular sin rumbo fijo. Embarcarse en diván es una experiencia por demás incierta. Algunas posibilidades son naufragar o llegar a puerto seguro; sin embargo, lo más importante es el recorrido y las transformaciones que la marea movilice.

El océano, caótico y misterioso, mueve la barca de un lado a otro según sea su voluntad. Aguas tranquilas o tormentas salvajes. La labilidad del rumbo desconcierta a cualquiera, tanto que se puede caer en el sinsentido, olvidando que las respuestas están ahí, en el sonido de las olas, las aves que atraviesan el cielo en la luz del sol, la luna y sus hijas: las estrellas; en la furia del huracán y en la oscuridad de la noche.

Se piensa que al pisar tierra se estará cumpliendo el objetivo de este viaje. En la actualidad, diferentes tratamientos o psicoterapias prometen inmediatez en acallar ese mar enfurecido, o incluso, guiar por la costa sin mojarse siquiera los pies, para no tocar situaciones “pasadas e innecesarias”. Lo mismo puede esperarse del psicoanálisis,

erróneamente. El sentido de aventurarse dentro del diván es deambular en el propio inconsciente; ningún lugar al que las corrientes puedan llevar es ajeno al analizante, aún si se llega a puerto seguro, será uno creado dentro de sí.

Llegar a la playa no garantiza una estadía permanente. Las posibilidades de transformación a lo largo de la vida seguirán ahí. El deseo de movimiento hace su aparición, invitando a zarpar de nuevo, esta vez, con la posibilidad de encallar cada que se requiera. Por otra parte, se suele quedar prendado del viaje, encantado por las sirenas, generando un deseo diferente: hacer del mar el propio hábitat, probablemente siendo más marino que terrestre. El inconmensurable océano puede ofrecer libertad en lugar de incertidumbre, sobre todo si el viaje nos ha (trans)formado de náufrago a marinero.

El marinero está familiarizado con las corrientes y rutas marítimas, el viento y las estrellas que lo guían. ¿De dónde obtuvo este conocimiento? ¿Estuvo solo todo el tiempo? Navegar en diván no es una actividad que se pueda realizar individualmente, a pesar de que la experiencia es meramente subjetiva, se necesita de un otro para realizarla.

Alguien que no cuestione la verosimilitud de las narraciones, que escuche y acompañe. Una figura que permita apalabrar los temores y enfrentarlos, que se sumerja a las profundidades y contenga la angustia que despiertan los monstruos marinos que en ellas habitan.

El analizante que descubre su deseo de formarse como analista, centrará su atención en adquirir los conocimientos

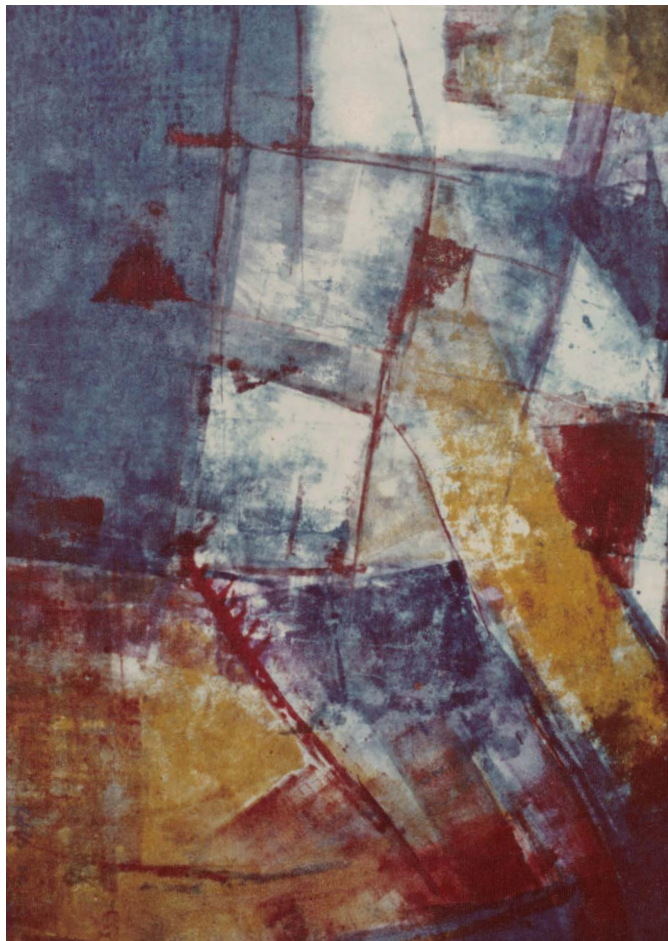
necesarios para la navegación: seguramente buscará cartas marítimas y todo lo que han escrito otros navegantes de cientos de viajes. Tendrá presente en su memoria el recuerdo de su propio recorrido y estará consciente del saber que este le trajo. Se podrá embarcar en una segunda (una tercera, una cuarta...) parte de este análisis, siendo ahora marinero. Recordemos que, aun siendo experto, el riesgo de naufragio siempre está presente, pues el mar es impredecible y salvaje. El objetivo no es apaciguarlo; el objetivo es darle sentido.

II

Formarse como psicoanalista tiene de suyo un problema. El escenario de la educación clásica y tradicional aparece como condición de posibilidad. Se supone que una vez localizado el deseo de devenir psicoanalista, se procede a buscar una institución o escuela que ofrezca la formación, con docentes que enseñen las herramientas para llegar a serlo. Ahora bien, es necesario detenerse a reflexionar, ¿será así en el ámbito psicoanalítico?

Por supuesto que influye el deseo y la institución que se elige para formarse como psicoanalista, además del gusto por la teoría psicoanalítica, así como la perspectiva que brinda el conocerla, pero ¿Es suficiente todo lo anterior para posicionarse en el lugar del analista? Quizás un título o un papel que certifique la formación que se ha llevado sea suficiente, pero quizá falta algo más.

Rastreando el origen de la teoría psicoanalítica, nos encontramos con aquellas mujeres histéricas que, gracias a la palabra y a la asociación libre, dieron el material



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989

necesario para que Freud comenzara a percibir un saber *del* inconsciente y a desarrollar un saber teórico *sobre el* inconsciente.

En las sesiones de escucha, ya dentro del dispositivo analítico, hace su aparición, sin embargo, ese mismo saber, intransferible y subjetivo: el saber del inconsciente. A partir de esto se plantea, entonces, que la apropiación del saber del propio inconsciente resulta también imprescindible para formarse como psicoanalista.

Si nos remontamos a la historia, la problemática planteada no es algo para nada nuevo. Los seguidores de Freud, por ejemplo, pusieron en práctica el propio análisis, a la par del estudio de las teorías, generando con ello incluso otros conocimientos psicoanalíticos.

Otro ejemplo es la correspondencia entre Freud y Fliess, donde las ideas que se compartieron se vieron transformadas por este dispositivo en el que, aún sin que se lo propusieran como tal, había un otro escuchando.

No es posible, además, dejar de lado las relaciones de poder que se han jugado desde aquel primer grupo de psicoanalistas. A pesar de que el núcleo transgresor y disruptivo del psicoanálisis ha despertado algunas enemistades a lo largo de la historia, lo preocupante ha sido su burocratización, así como el dogmatismo de algunas instituciones. Pareciera que la institucionalización es un mal necesario para mantener vivo al movimiento psicoanalítico, pero quizá lo sea también el cuestionarla constantemente.

Con el paso de los años, el psicoanálisis se internacionalizó, y esto implicó distintas miradas y modalidades, tanto en lo teórico como en lo práctico. Se fundaron diferentes instituciones, cada una con su pensamiento particular en materia de la formación de los analistas. Bastantes de éstas sucumbieron ante la educación tradicional: con un ambiente jerarquizado, ofreciendo conocimientos pre-digeridos, filtrando rigurosamente a los candidatos y otorgando títulos validatorios.

Esta clase de mecanismos impiden la crítica y el cuestionamiento al sistema educativo, a los métodos de trabajo y a la teoría misma. Es casi como si quienes estructuran esa clase de instituciones se hubieran olvidado de la importancia de mantener sus propios egos en análisis.

Resulta irónico hablar de resignificación como una parte importante

del psicoanálisis, y no haber podido, al mismo tiempo, modificar ciertas dinámicas institucionales. Lacan dio luz sobre el asunto al proponer que la formación ocurriera de otra manera. Él concentró su atención en *El Pase*, donde se cuestionaba la validación del analista. Cabe preguntarse entonces, ¿Qué válida al analista?, pero más importante aún, ¿Quién o qué válida al que pretende validar?

Reconocer la importancia del pensamiento crítico al estar formando a otros y al estar también en formación como psicoanalista es fundamental. La admisión de disciplinas diversas como punto de partida para los futuros analistas enriquece el ámbito psicoanalítico y permite perspectivas valiosas. Señalar las relaciones de poder, y apalabrar sus consecuencias, será necesario para que ninguna institución psicoanalítica empobrezca, o al grupo de formandos, o a los deseos de éstos. Resignificar la teoría, hacer propio el saber sobre el inconsciente y continuar construyendo el saber del inconsciente a través del análisis propio es, pues, de vital importancia si se desea seguir por este sendero formativo.

III

Al momento de pensar la formación psicoanalítica, considerando lo anterior, podemos hablar de dos modalidades de formación: una donde se estudie una currícula sobre el psicoanálisis, la cual es inamovible e incuestionable, donde las jerarquías sean evidentes y los procesos de selección (o mejor dicho, filtración) tengan miras a inhabilitar a los formandos más que a brindarles agencia. La segunda modalidad sería aquella que, siguiendo el espíritu de la Proposición del 9 de octubre de 1967 de Lacan, se cuestione a

sí misma, se piense desde el psicoanálisis e, idealmente, alimente su mirada desde otras ciencias o desde las humanidades, dando lugar a algo así como un análisis propio de la institución misma. Esta opción tendría como fin el generar un espacio donde se ponga en juego la subjetividad del analista en formación, donde éste pueda cuestionar sus capacidades y las de sus maestros, donde pueda interrogar su deseo (con ayuda de su análisis personal, denominado por Ferenczi como la segunda regla fundamental del psicoanálisis).

Sin embargo, aunque podemos encontrar ejemplos de ambas modalidades en las diferentes instituciones psicoanalíticas del mundo (incluso en las que se vean a sí mismas más como un colectivo o agrupación), debemos reconocer que la formación en psicoanálisis continúa inscrita en la dimensión institucional. Tanto en los lugares de carácter más inamovible como en aquellos con cualidades más fluidas, la institución se hace presente de una forma u otra. Al mismo tiempo, la cualidad crítica no es exclusiva de esas instituciones fluidas: en toda formación, la responsabilidad de cómo se asimila el conocimiento reside mayoritariamente en el formando.

El formando, aún cuando esté en la institución más ortodoxa, tiene el potencial de cuestionar lo instruido. No obstante, hay de instituciones a instituciones, ya que aquellas que propician el diálogo y la reflexión de su misma oferta, llevan una ventaja en ese camino por encontrar una alternativa a la institución como organización social.

Podemos ver que la formación en psicoanálisis conlleva una complejidad

diferente a la del estudio de cualquier otra ciencia o disciplina. Este contiene tres dimensiones que se entrecruzan y se resignifican a ellas mismas: el análisis propio (didáctico), la enseñanza de teoría psicoanalítica y la supervisión. Este último punto, controvertido.

Es sabido que, históricamente, la supervisión es uno de los elementos más atravesados por la sombra institucional, debido a que las consignas para elegir al analista que supervisa al formando, han sido uno de los procesos más cercanos a una burocratización de la enseñanza. Aquí cabe la misma lógica sobre quién autoriza al formando a ser psicoanalista: ¿Quién autoriza a un analista a ser supervisor? ¿El número de formandos que ha supervisado?



José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, 1989

Las cuestiones anteriores continúan en la línea de la reflexión crítica en cuanto a la formación de analistas. Sin embargo, al mismo tiempo que se reconocen las prácticas institucionales ortodoxas, también es importante reconocer lo afectivo, las pasiones implícitas en el ejercicio del poder. No es de extrañar que Freud hiciera una lista de recomendaciones a los futuros analistas para saber llevar una sesión de psicoanálisis, las cuales bien podemos extrapolar a las relaciones dentro de las instituciones psicoanalíticas.

Estas incluye: poner en práctica la atención flotante, sin fijarse en nada en particular, manteniendo la objetividad y los límites claros; hablar con libertad y naturalidad del dinero y la sexualidad; cuidar

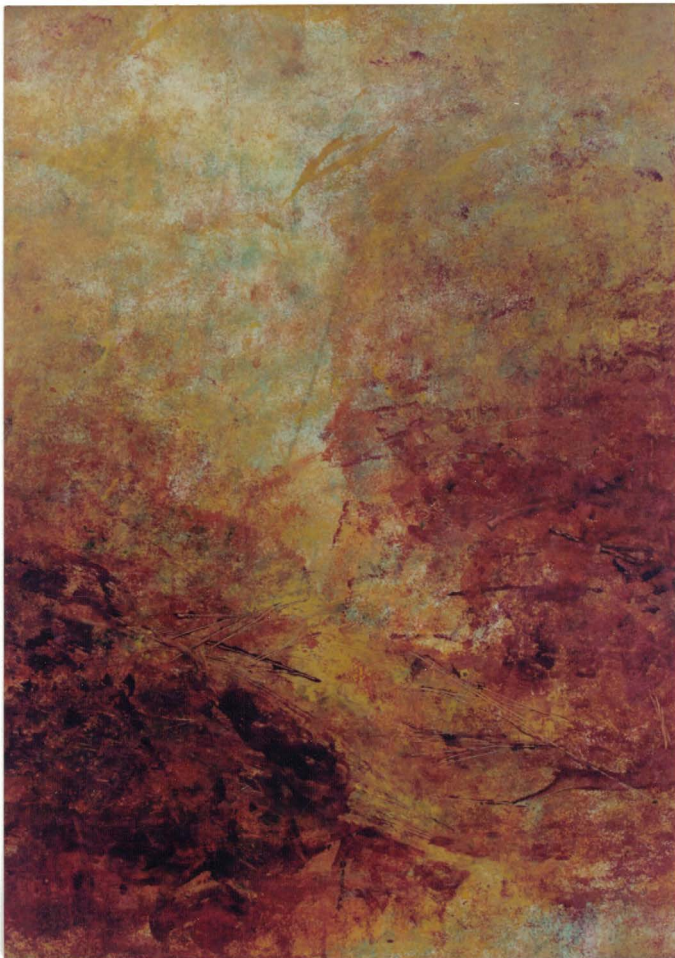
la vida afectiva y localizar los fenómenos transferenciales y contratransferenciales que causan el hacer hablar y escuchar al inconsciente del otro, llevando dichos fenómenos asimismo a análisis y a supervisión de casos.

Otro aspecto de vital importancia que se debe reconocer en la formación del analista a nivel institucional, y que tiene ecos en el análisis didáctico y en la supervisión, es la grupalidad que se pueda generar entre los formandos. Al final, todos tenemos esa capacidad de crítica, la cual se fortalece cuando es reconocida, primero por el formando, y segundo, cuando es vista también en sus colegas. Considerando las pasiones institucionales (las envidias y competencias entre los miembros), el poder expresar los sismos internos producidos por el saber del inconsciente (y sobre el inconsciente) con personas que puedan identificarse con ellos, puede ser considerado como un tercer saber, un saber colectivo.

Conclusiones

El análisis propio posee un papel fundamental tanto a lo largo de la vida como en la formación de los psicoanalistas. Recostarse en el diván y emprender un viaje interno, por medio del cual se observan, apalabran y escuchan las diversas formaciones del inconsciente, es un acto por demás transgresor. El dispositivo analítico permite simbolizar y resignificar, por un lado, la teoría, y por el otro, las vivencias dentro de la institución que acoge a cada analista en potencia. Si se sigue, en la medida de lo posible, la regla fundamental, ningún tema quedará fuera: relaciones de poder, identificaciones, proyecciones, pasiones

José Ángel Robles, *Obra sin título*, técnica mixta, ca. 1989



y todas aquellas asociaciones que pulsan por salir, buscando elaborarse, aun cuando exista resistencia, eventualmente emergen a la superficie.

El deseo de ser analista es descubierto y elaborado en el diván, dentro del dispositivo mismo. Con el análisis propio como marco, se movilizan los motivos e intereses que hay detrás de ese deseo, mismos que pueden modificarse una y mil veces estando ya inmerso en la formación. En dicho trayecto, se manifiestan las dinámicas grupales que se generan con los pares, las interacciones con docentes y las dudas respecto a la institución (y al lugar mismo del analista). No parece fácil ser analista en un mundo globalizado que tiende constantemente a la inmediatez, sobre todo en lo tocante a los cuestionamientos internos que surgen al zarpar en el océano del inconsciente.

El psicoanálisis ha perdurado a través de los años, ha ganado adeptos y aceptación social en varios círculos, objetivos todos que buscaba el mismo Sigmund Freud para las nuevas teorías que había desarrollado. No puede faltar nombrar la problemática de la formación y la transmisión del psicoanálisis como un tema que fue discutido por varias bocas, llegando a tres pilares fundamentales: análisis propio, teoría psicoanalítica y futuras supervisiones. Un elemento adicional, y completamente digno de considerarse dentro de la formación, es el vínculo que se construye entre colegas. Este permite intercambiar ideas, formular hipótesis, expresar emociones, contener la angustia y vivirse acompañado. Al final, la palabra como cura puede emerger en los lugares menos esperados, como en esas históricas acusadas de farsantes que, no obstante, llevaban consigo un saber con el

potencial de cambiar al mundo. Sin embargo, el surgimiento de dicho potencial no podría darse sin pasar por el análisis de uno mismo. 